

SECCIÓN DE OBRAS DE LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

---

*RELIGIO MEDICI*

LA RELIGIÓN DE UN MÉDICO



*Printed for Andrew Crooke. 1642. W. Marshall fecit.*

Portada de la primera edición de *Religio Medici* (Londres, Andrew Crooke, 1642). Imagen utilizada con el permiso de la colección especial, Biblioteca Regenstein, Universidad de Chicago.

THOMAS BROWNE

*RELIGIO MEDICI*  
LA RELIGIÓN  
DE UN MÉDICO

Estudio introductorio de Pablo Maurette  
Traducción y notas de Angela Signorini



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 1642  
Primera edición en español FCE, 2016

---

Browne, Thomas

Religio medici : la religión de un médico / Thomas Browne.  
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de  
Cultura Económica, 2016.

150 p. ; 21 x 14 cm. - (Lengua y Estudios Literarios)

Traducción de: Angela Signorini.

ISBN 978-987-719-099-1

1. Filosofía. 2. Religión. I. Signorini, Angela, trad. II. Título.  
CDD 190

---

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Imagen de tapa: fragmento de una ilustración anatómica extraída  
de Hermann Braus, *Anatomie des Menschen: ein Lehrbuch für Studierende  
und Ärzte*, 1921.

Título original: *Religio Medici*, en sir Thomas Browne, *The Major Works*,  
ed., intr. y notas de C. A. Patrides, Londres, Penguin Books, 1977.

D.R. © 2016, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-099-1

Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11723

# Índice

<i>La religión del médico. El legado de sir Thomas Browne,</i> por Pablo Maurette .....	9
<i>RELIGIO MEDICI. LA RELIGIÓN DE UN MÉDICO .....</i>	43



Retrato de Thomas Browne y su esposa Dorothy, atribuido a Joan Carlile, c. 1641-1650. National Portrait Gallery, Londres.

# La religión del médico

## El legado de sir Thomas Browne

Defiéndeme, Señor. (El vocativo  
No implica a Nadie. Es solo una palabra  
De este ejercicio que el desgano labra  
Y que en la tarde del temor escribo.)  
Defiéndeme de mí. Ya lo dijeron  
Montaigne y Browne y un español que ignoro;  
Algo me queda aún de todo ese oro  
Que mis ojos de sombra recogieron.  
Defiéndeme, Señor, del impaciente  
Apetito de ser mármol y olvido;  
Defiéndeme de ser el que ya he sido  
El que ya he sido irreparablemente.  
No de la espada o de la roja lanza  
Defiéndeme, sino de la esperanza.

JORGE LUIS BORGES, "Religio Medici, 1643",  
en *El oro de los tigres*

To read Sir Thomas Browne again is always to be  
filled with astonishment, to remember the sur-  
prises, the despondencies, the unlimited curiosi-  
ties of youth.

VIRGINIA WOOLF, "Sir Thomas Browne"

## 1.

Thomas Browne nació en Londres el 19 de octubre de 1605 bajo el signo de Saturno. La familia Browne vivía en la calle Cheapside a metros de la catedral de Saint Paul, que era en aquel entonces el centro neurálgico de la ciudad. Thomas Browne padre, un próspero comerciante textil oriundo de Cheshire, y su mujer, Anne Garraway, criaron a Thomas y a sus tres hermanas —Anne, Jane y Mary— con profundo amor y devoción. Se cuenta que Thomas Browne padre, emulando una antiquísima costumbre cristiana referida por Orígenes, solía arrodillarse junto al pequeño Thomas mientras dormía y, besándole el pecho desnudo, rezaba para que el Espíritu Santo se alojase en su corazón.

De los primeros años de vida de Browne sabemos muy poco, aunque está claro que su fascinación por las ciencias naturales surgió de manera precoz. En *Religio Medici* menciona el mercado de hierbas y plantas de Cheapside, y muchos años después, en sus cartas, recuerda el cometa que cruzó el cielo de Londres en 1618, así como un avestruz que vio en Greenwich también durante los años del reinado de Jacobo I (1603-1625). En 1613, cuando Browne tenía 8 años, su padre murió dejando a la familia con medios suficientes para evitar apremios económicos. Sin embargo, al año siguiente, su madre se casó con un hombre menos prudente que dilapidó la modesta fortuna familiar en poco tiempo. Dos años más tarde, en 1615, Browne ingresó a Winchester College, un colegio fundado en la edad media por William de Wykeham, donde permanecería hasta los 18 años. Allí aprendería religión, aritmética, dibujo, pero sobre todo retórica. Al egresar de Winchester, Browne era un humanista hecho y derecho: hablaba, leía y escribía en latín y en griego, y tenía un conocimiento enciclopédico de la tradición clásica.

En diciembre de 1623, Thomas Browne comenzó sus estudios en Broadgates Hall, uno de los colegios de la Universidad de Oxford que pronto pasaría a llamarse Pembroke College, nombre que conserva hasta el día de hoy. Durante la ceremonia que marcó el cambio de nombre de la institución, el joven novato fue uno



de los oradores de honor, lo cual confirma la inmediata buena impresión que causó entre sus profesores. Hacia mediados de 1626, Browne consiguió la licenciatura y, tres años después, el 11 de junio de 1629, recibió el grado de maestro. La educación en Pembroke College estaba casi exclusivamente centrada en las artes liberales como propedéutica para estudios ulteriores que podían ser en derecho, teología o medicina. Siguiendo la tradición de la universidad medieval, el programa de la licenciatura consistía en el *trivium* —gramática, retórica, lógica— y el *quadrivium* —aritmética, geometría, música y astronomía—, mientras que el máster incluía estudios de filosofía natural, ética y metafísica. De entre los profesores que Browne frecuentó durante sus años en Oxford, cabe mencionar a Thomas Clayton y a Thomas Lushington. Mientras que Clayton despertaría en Browne el amor por la medicina con sus lecciones preliminares de anatomía, Lushington estimularía su mente especulativa a través de lecturas conjuntas de filosofía neoplatónica. De lo poco que sabemos acerca de la experiencia oxoniense, se destaca una anécdota que Browne mismo recordaría por el resto de su vida. En el invierno de 1629, profesores y alumnos de anatomía desollaron el cadáver de un hombre y colgaron la piel del primer piso de la facultad de medicina. En varias ocasiones, mientras atravesaba el patio de la biblioteca Bodleiana, Browne se detuvo a contemplar el epidérmico espectáculo. Dada su pasión incipiente por la anatomía y su posterior fascinación por cuestiones de la piel, no sorprende que Browne recuerde esta imagen y que la refiera a su hijo en una carta escrita más de cuarenta años después.

Una vez graduado, Browne decidió especializarse en medicina en las mejores universidades de Europa. Las universidades inglesas dejaban bastante que desear en estudios de medicina y el aspirante a médico estaba casi obligado a cruzar el canal de la Mancha. Antes de partir, sin embargo, Browne viajó a Irlanda con su padrastro, sir Thomas Dutton, probablemente a mediados de 1629. Dutton era el supervisor general de fortificaciones y castillos en Irlanda para la corona inglesa. Del verano que pasó recorriendo la isla, Browne recuerda cierta especie de araña ve-

nenosa nativa de la campiña irlandesa, así como bosques enteros quemados por los violentos conflictos entre católicos y protestantes. Pero lo más memorable del viaje para Browne fue, sin duda, el regreso a Inglaterra, dado que el barco que lo llevaba casi naufraga en el mar de Irlanda. Es evidente que la cercanía de la muerte y la dura realidad de la guerra causaron una profunda impresión en el futuro autor de *Religio Medici*.

Hacia fines de 1629, Browne viajó a Europa, donde pasaría cuatro años estudiando primero en Montpellier, luego en Padua y, finalmente, en Leiden. Montpellier tenía una de las facultades de medicina más antiguas de Europa y, en los siglos *xiv* y *xv*, había estado a la vanguardia de los estudios de anatomía. La revolución anatómica en Europa, uno de los fenómenos intelectuales más importantes e influyentes del Renacimiento, estalló a mediados del siglo *xiv* en las universidades de Bolonia y Montpellier cuando la Iglesia comenzó, poco a poco, a permitir el uso de cuerpos humanos para estudios de anatomía. Apenas un siglo más tarde, los padres de la anatomía moderna —hombres como Alessandro Benedetti, Andreas Vesalio, Realdo Colombo, Ambroise Paré y Fabrizio D'Acquapendente— publicaban obras fundacionales que no solo revolucionarían los estudios médicos, sino que además funcionarían como una de las bases epistemológicas de la llamada revolución científica que marcó el comienzo de la Modernidad. Cuando Browne llegó a Montpellier a principios de 1630, la emblemática facultad de medicina local, donde había dado clases de medicina Rabelais, estaba de capa caída. Sabemos muy poco acerca de su estadía en el sur de Francia, y lo poco que sabemos concierne, una vez más, a una de las mayores obsesiones de Browne: la piel. En *Religio Medici*, cuenta haber visto allí niños afectados por el síndrome de Morgellons, una rara enfermedad que causa prurito violento y el crecimiento de pelos en la espalda. Es muy posible que durante su estancia en Montpellier Browne haya estudiado con Lazare Rivière, futuro médico personal de Luis XIII y especialista en enfermedades de la piel.

En el otoño de 1632, Browne viajó del sur de Francia al norte de Italia y se instaló en Padua, la meca de la anatomía en

los siglos *xvi* y *xvii*. Al igual que Montpellier, la Universidad de Padua aceptaba estudiantes de todos los orígenes y credos. En ello radicaba su excelencia; en tiempos de guerras de religión, estas ciudades universitarias constituían oasis de tolerancia en los que se desarrollaba una vibrante vida intelectual. Los años pasados allí, que incluyeron visitas asiduas al gueto judío, enseñarían a Browne invaluable lecciones de urbanidad que llevaría consigo a Inglaterra y que nunca olvidaría. Si bien la edad de oro de Padua había sido la segunda mitad del siglo *xvi*, cuando Andreas Vesalio, Realdo Colombo, Gabriele Fallopio, Fabrizio D'Acquapendente y Giulio Casserio dictaban sus cursos, disertaban en el famoso teatro de anatomía y publicaban las obras fundacionales de la medicina moderna, hacia 1630 la universidad aún se jactaba de estar a la vanguardia de los estudios médicos en Occidente. No hacía mucho que por sus aulas habían pasado William Harvey, Galileo y Santorio. Browne llegó a estudiar con Fortunio Liceti, pionero de la genética y de la embriología, Johannes Sala y Benedictus Silvaticus, las estrellas patavinas de aquellos años. Seguramente, presencié disecciones en el teatro de anatomía, pasó largas horas en el jardín botánico —el teatro anatómico y el jardín botánico surgen casi al mismo tiempo en Europa como síntomas culturales de un agudo interés por la observación directa del mundo natural— y participó de la febril vida intelectual de la universidad, famosa desde el Medievo por vanguardista, irreverente y peligrosamente secular.

No está claro si Browne se matriculó en Montpellier y en Padua; puede que simplemente haya asistido a clases en calidad de oyente. En Leiden, sin embargo, el joven inglés se doctoró. Es posible que, visto que volvería a ejercer medicina a Inglaterra, necesitase el título de una universidad protestante. La universidad de Leiden, fundada apenas medio siglo antes de la llegada de Browne, era ya uno de los centros intelectuales más importantes de Europa, en gran parte gracias al legado de Peter Paauw, profesor de anatomía y botánica. Browne defendió su tesis y recibió el título de doctor en Medicina el 21 de diciembre de 1633. Su tema de tesis fue la calamidad más mortífera de la época: la vi-

ruela. Los siglos xvi y xvii vieron una explosión de epidemias de viruela, pero la urgencia de muchos jóvenes médicos por encontrar una cura no daría frutos hasta fines del siglo xviii, cuando Edward Jenner inventó la vacuna. A comienzos de 1634, Browne dejó una Europa en ebullición tanto en la arena intelectual como en la política y religiosa —la guerra de los Treinta Años duraría hasta 1648— y volvió a la patria.

De vuelta en Inglaterra, Thomas Browne se mudó a Halifax, Yorkshire, para hacer los cuatro años de residencia obligatorios bajo la tutela de un médico matriculado. *Religio Medici*, escrito en 1635, fue fruto de aquellos años de vida rural y retirada. El 10 de julio de 1637, Browne volvió a Pembroke College, Oxford, para confirmar su título de doctor en Medicina que, luego de cuatro años de intensa actividad, ahora lo autorizaba a establecer su práctica privada. En el otoño de aquel mismo año, el flamante médico se mudó a Norwich, una de las ciudades más grandes y más ricas de Inglaterra en el siglo xvii. En 1641, se casó con Dorothy Mileham, con quien tuvo doce hijos, de los cuales solo cuatro sobrevivieron a sus padres. Hasta 1650, los Browne vivieron en el barrio de Tombland, un antiguo distrito de Norwich, establecido por los anglosajones a mediados del siglo vii, y luego se mudaron a Haymarket, en el centro de la ciudad, a una casa junto a la parroquia de St. Peter Mancroft, donde el médico y su mujer permanecerían por el resto de sus días. Sabemos que en el salón de la casa tenían una reproducción del *Baucis y Filemón*, de Peter Paul Rubens (1630-1632). Según narra Ovidio en las *Metamorfosis*, esta mítica pareja de ancianos abre sus puertas a dos extraños y les ofrece comida y hospedaje. Los extraños resultan ser Júpiter y Mercurio, que estaban de viaje por la tierra poniendo a prueba la hospitalidad de los seres humanos. Para recompensar la generosidad de sus anfitriones, los dioses anuncian que les concederán un deseo. Baucis y Filemón piden estar juntos para siempre y morir en el mismo instante, ya que no soportarían vivir el uno sin el otro. La escena de fidelidad, compromiso y felicidad conyugal refleja, sin dudas, la realidad del matrimonio de Thomas y Dorothy, que, según el testimonio de

un amigo, eran tan perfectos el uno para el otro, tanto física como mentalmente, que parecía unirlos “un magnetismo natural”.

Las cuatro décadas y media que Browne pasó en Norwich fueron de ardua vida profesional, social e intelectual. *Religio Medici* vio su primera edición autorizada en 1643, y en 1646, durante el fragor de la guerra civil, el doctor publicó su segunda obra, *Sobre errores vulgares (Pseudodoxia Epidemica)*, una enciclopedia de creencias populares erróneas. Las creencias que Browne elige para refutar revelan la vastedad de su conocimiento y el eclecticismo de sus intereses. Se destacan refutaciones a la creencia de que las liebres son hermafroditas, que los judíos huelen mal por naturaleza, que Adán y Eva tenían ombligo, que el origen de la piel negra es un castigo divino, que una gota de sangre de cabra puede quebrar un diamante y que los castores se comen sus propios testículos cuando se ven amenazados por predadores. En el prefacio, Browne pone de cabeza la noción platónica de que conocer es recordar y sostiene que conocer es, de hecho, olvidar la enorme cantidad de falsedades que damos por ciertas. *Sobre errores vulgares* fue un éxito editorial y vio seis reediciones en un cuarto de siglo, cada una de ellas ampliada y enmendada por el autor. Durante la segunda mitad de la década de 1650, Browne escribió dos ensayos cortos que publicaría juntos en 1658: *El enterramiento en urnas (Hydriotaphia: Urne Buriall)* y *El jardín de Ciro (The Garden of Cyrus)*. Ambas obras constituyen la cumbre del pensamiento y del estilo browniano, y proponen un juego desconcertante al lector. La primera empieza como un ensayo sobre prácticas funerarias a lo largo de la historia a raíz del descubrimiento de un grupo de urnas anglosajonas en una playa de Norfolk. Sin embargo, hacia la mitad, *El enterramiento en urnas* se convierte en una melancólica reflexión acerca de la vida y la muerte, las realidades inexorables del olvido y la caducidad, y la vanidad de los hombres que pretenden a toda costa ser recordados después de muertos. *El jardín de Ciro*, por su parte, comienza como un ensayo sobre técnicas de jardinería a través de la historia, pero inmediatamente se revela como un abstruso estudio dedicado al *quincunx*, una disposición geométrica de

cuatro puntos con uno en el medio, que —según Browne— es la estructura que subyace a toda forma de la existencia, tanto artificial, como natural y mística.

Thomas Browne no volvió a publicar después de 1658, y todo lo que escribió durante los últimos 25 años de su vida fue compilado y dado a la prensa póstumamente. Las obras póstumas incluyen cartas, aforismos, notas sobre diversos temas (momias, dermatología, burbujas, oneirocriticismo, anatomía, cetrería, geología, numismática, los tesoros de la catedral de Norwich, los peces que comía Jesús, el oráculo de Delfos, etc.), breves ensayos, listas de libros recomendados para jóvenes médicos y hasta el catálogo de un museo imaginario. La curiosidad inagotable de Browne, su escandalosa erudición y su dedicación a los temas más variados dieron fruto no solo en sus escritos, sino también en su casa misma, a la que transformó en un gabinete de curiosidades, según cuenta el poeta John Evelyn que lo visitó hacia 1670.

Dos acontecimientos extraordinarios marcan los últimos años de la vida de Browne. En 1664, fue convocado como testigo en un juicio por brujería contra dos mujeres del poblado de Bury St. Edmunds, al sudoeste del condado de Suffolk. Amy Duny y Rose Cullender estaban acusadas de embrujar niños. Según los fiscales, los niños habían vomitado clavos y alfileres de gancho y, en sus camas, sus padres habían encontrado sapos que, al ser arrojados al fuego, habían estallado como pirotecnia. Browne no se refirió al caso en cuestión, sino que se limitó a informar a los jueces de un caso muy similar que se había dado en Dinamarca hacía no mucho tiempo. Browne creía a rajatabla en la existencia del diablo y en la brujería; de hecho consideraba que negar la existencia de espíritus malignos equivalía a negar la existencia de los ángeles y, en última instancia, la de Dios mismo. Es difícil especular sobre cuán influyente fue el testimonio de Browne, pero lo cierto es que las dos mujeres fueron condenadas a muerte y ardieron en la hoguera. El segundo acontecimiento que marcó el epílogo de la vida de Browne tuvo lugar en septiembre de 1671 cuando el rey, Carlos II, visitó la ciudad. Luego de una misa en la catedral, la comitiva real asistió a un banquete

en New Hall, y allí el rey anunció que conferiría la orden de caballero al alcalde de Norwich, Henry Herne. Acaso por pudor, acaso para no reabrir viejas heridas en parte de la población de la ciudad que había apoyado al Parlamento durante la guerra civil y, luego, al protectorado de Oliver Cromwell, Herne elegantemente rechazó el título. Se rumorea que, entonces, a alguien se le ocurrió proponer para la ordenación al ilustre doctor Browne. Según otras versiones, el rey planeaba ordenar al galeno local de todos modos. Así fue que Thomas Browne pasó a ser sir Thomas Browne.

Además de su obra y del recuerdo de su integridad y dedicación profesional entre sus contemporáneos, el legado de Browne incluye un importante descubrimiento científico y numerosos neologismos. La sustancia jabonosa que aparece en los cadáveres producto de la descomposición, y que hoy conocemos como adipocira, o “grasa cadavérica”, fue descrita por primera vez en *El enterramiento en urnas*. Y entre los neologismos más famosos de Browne se cuentan: *electricity, medical, indigenous, ferocious, migrant, coma, anomalous, ascetic, carnivorous, ambidextrous, suicide, computer, cylindrical, literary, hallucination* y muchos otros que han quedado sepultados en el desván de los arcaísmos.

Browne murió el 19 de octubre de 1682 en el día de su cumpleaños número 77. En la maravillosa *Carta a un amigo* (*A Letter to a Friend*), publicada póstumamente, Browne se refiere a la gente que muere el día de su cumpleaños: “Que el primer día sea también el último, que la cola de la serpiente vuelva a su boca, que alguien muera en el aniversario de su natividad es, sin duda, una coincidencia extraordinaria que la astrología, a pesar de sus muchos esfuerzos, aún no logra predecir”.<sup>1</sup> Browne anticipa su propia muerte y se refiere a un jeroglífico egipcio que

<sup>1</sup> Sir Thomas Browne, *A Letter to a Friend*, en *The Major Works*, ed., intr. y notas de C. A. Patrides, Harmondsworth, Penguin Books, 1977, p. 396 (trad. del autor) [trad. esp.: *Carta a un amigo*, en *El jardín de Ciro y otros textos*, trad. de María Condor, selección y prólogo de Alberto Manguel, Madrid, Siruela, 2009].

consiste en una serpiente que se muerde la cola simbolizando la inmortalidad de las generaciones y la coincidencia entre el principio y el fin. Pero Browne no solo profetizó la fecha de su muerte, sino que también anticipó el extraño destino de sus restos mortales. En 1840, más de ciento cincuenta años después de su muerte, el ataúd que alojaba sus huesos fue dañado durante tareas de restauración en la iglesia de St. Peter Mancroft. Alguien —aparentemente un sacristán— se robó la placa del cajón, un mechón de pelo y la calavera de Browne. Cuatro años más tarde, un tal doctor Lubock donó la calavera al museo del Hospital de Norfolk y Norwich sin jamás explicar cómo había llegado a sus manos. Recién en 1922, gracias a los esfuerzos del ilustrísimo médico y humanista canadiense William Osler, el cráneo de Browne volvió al sepulcro en St. Peter Mancroft. En *El enterramiento en urnas*, Browne anticipa las peripecias de sus huesos con un guiño de ultratumba: “¿Quién conoce el destino de sus huesos, o cuántas veces será enterrado?”, pregunta en el prefacio, y más adelante agrega: “Que nos arranquen de nuestra tumba, que usen nuestras calaveras como tazas [...] son abominaciones trágicas que la cremación previene”.<sup>2</sup> Por ahora, sus huesos siguen descansando en la cripta de St. Peter Mancroft, en Norwich.

## 2.

En 1605, el año del nacimiento de sir Thomas Browne, Francis Bacon publicó una de las obras más fundamentales de la Modernidad. *El avance del saber* hace las veces de manifiesto de la revolución científica que ya había comenzado en el siglo anterior con las obras de Fracastoro, Copérnico, Vesalio, Bruno y otros. Los factores que desencadenaron el cambio de paradigma científico en el siglo xvi fueron, desde luego, muchos y variados.

<sup>2</sup> Sir Thomas Browne, *Hydriotaphia*, en *The Major Works*, op. cit., p. 295 (trad. del autor) [trad. esp.: *Hydriotaphia*, en *El jardín de Ciro y otros escritos*, op. cit.].



Nuevos hábitos de observación directa y experimentación, acompañados de un creciente hastío y escepticismo respecto de las fuentes clásicas —en especial, Aristóteles, Ptolomeo, Galeno y sus principales comentadores—, provocaron un giro hacia la práctica por sobre la teoría. Dos impulsos se adivinan detrás de esta nueva cruzada del saber: uno es la curiosidad, tradicionalmente considerada un vicio y causa del pecado original, que comienza a ser entendida como virtud y como vehículo para interpretar el otro libro que Dios dio a los hombres para comprender la creación: la naturaleza. Así como Lutero enarboló la bandera de la *sola scriptura* eliminando la turbia mediación exe-gética del aparato clerical, Bacon llama a los hombres de ciencia a concentrarse exclusivamente en la observación de la naturaleza dejando a un lado las “autoridades”; el lema de la revolución científica bien podría ser “*sola natura*”.

El segundo impulso detrás de esta ciencia nueva es un anhelo de proximidad. Las travesías ultramarinas acercan mundos otrora inconcebiblemente lejanos, e incluso quienes no acceden a viajar experimentan la novedad gracias a los relatos y los artefactos traídos por marineros y aventureros. El Renacimiento también inventa el telescopio y el microscopio, aparatos para ver de cerca el macrocosmos y el microcosmos, para discernir la textura de los planetas y el complejísimo entramado de la materia. Produce la imprenta, máquina que permite que masas excluidas hasta entonces del saber tengan un acercamiento a la ciencia, a la religión, a la historia, a la poesía. Finalmente, el hombre del Renacimiento se abre camino hacia el interior de un territorio vedado durante más de dos milenios, el continente más enigmático y revelador: el cuerpo humano. El nuevo hombre de ciencia anhela ver y tocar por sí mismo.

En *El avance del saber*, y luego en *Novum Organum* (1620), Bacon lleva a cabo una auténtica purga del saber científico. Los principales obstáculos para el conocimiento son las jergas vacías, los conceptos heredados, la idolatría y la sofistería. Bacon es un iconoclasta epistemológico que defenestra lo que él considera cuatro tipos de ídolos: los *ídolos de la tribu* (las falencias propias

del entendimiento humano), los *ídolos de la caverna* (las idiosincrasias propias de cada persona que la llevan a urdir engaños y creer en falsedades), los *ídolos del mercado* (el lenguaje como herramienta compartida por una comunidad y las falsedades en que abunda) y, finalmente, los *ídolos del teatro* (los errores heredados de las tradiciones filosóficas pasadas). De entre los ídolos del teatro, acaso el más engañoso, el mayor obstáculo para el desarrollo de la nueva ciencia inductiva, fuese para el pensador inglés el concepto de causa final. Bacon acusa a Platón, Aristóteles y a las tradiciones que ambos iniciaron, y que perduraron durante dos mil años, de pergeñar y perpetuar una falsedad estrepitosa: la teleología. A partir del siglo *xvi*, la providencia divina —traducción cristiana del concepto pagano de teleología— ya no explica el funcionamiento del mundo natural. Galileo lo diría con claridad meridiana en su carta a la duquesa Cristina (1615): “La Biblia nos enseña cómo llegar al cielo, pero no cómo funciona el cielo”. Así comienza la era secular.

Otra de las novedades de la epistemología de Bacon es que entiende la tarea científica como una tarea esencialmente comunitaria. La ciencia nueva es una empresa colectiva basada en el diálogo, el conocimiento compartido y la discusión, que avanza con lentitud al ritmo de refutaciones y corroboraciones. Bacon consideraba, sin embargo, que antes que nada era necesaria una estricta evaluación del estado de las ciencias seguida de una purga de errores heredados, y entendía su crítica del conocimiento humano como una tarea similar a la del anatomista: una disección del saber. El anatomista corta, abre, separa, distingue, describe y compara partes de un todo orgánico. Durante la segunda mitad del siglo *xvi* y la primera del *xvii*, el término “anatomía” se vuelve un lugar común, sobre todo en Inglaterra. El puritano Phillip Stubbes escribe una *Anatomía de los abusos*, que es un manifiesto en contra de la poesía. John Donne compone una de sus elegías más celebradas y la titula *Anatomía del mundo*. Y Robert Burton, en 1621, publica su incomparable mamotreto, *Anatomía de la melancolía*. La Modernidad temprana adopta y resignifica el concepto de anatomía como uno de los métodos

más efectivos de conocimiento. Todo había comenzado en el siglo xiv, cuando empezó a difundirse la práctica de diseccionar cuerpos humanos. A raíz de un respeto o terror sacro frente al cadáver, en Occidente —exceptuando un breve período durante la época helenística— no se practicó sistemáticamente la disección de cuerpos con fines científicos hasta fines de la Edad Media. La revolución anatómica, que estalla en el siglo xiv con la obra de Mondino de Luzzi y alcanza su apogeo en el siglo xvi, es uno de los acontecimientos más importantes en la historia de la ciencia moderna. Si bien la habilitación de cadáveres —que, en general, provenían de los patíbulos locales— se fue acrecentando de manera progresiva a lo largo del siglo xvi, lo cierto es que las universidades autorizaban muy pocas autopsias al año, de modo que, por razones prácticas, eran aún menos los estudiantes que tenían la oportunidad de cortar, extraer y medir por sí mismos. Fue por esto que, hacia fines del siglo xv, Alessandro Benedetti inventó en Padua el teatro anatómico, un espacio para que los estudiantes de medicina pudieran asistir a las disecciones y ver por sí mismos.

Hacia mediados del siglo xvi, llegó a Padua un médico flamenco que revolucionaría la anatomía para siempre. En 1543 —el mismo año en que Copérnico publicó *Sobre las revoluciones de las esferas celestes*—, Andreas Vesalio presentó al mundo *De humani corporis fabrica*, un manual de anatomía basado en años de trabajo con cadáveres y acompañado de una celeberrima serie de ilustraciones, obra del artista flamenco Jan van Calcar. La importancia de la obra de Vesalio se basa, por una parte, en que el anatomista flamenco corrige decenas de errores de la tradición galénica perpetuados durante toda la Edad Media. Es comprensible que Galeno se haya equivocado tanto, dice Vesalio, puesto que no disponía de cadáveres humanos, sino que diseccionaba y estudiaba los cuerpos de monos y de cerdos. La Modernidad temprana tiene acceso al cuerpo humano y la obra de Vesalio celebra esta conquista como si se tratase de la de Colón, Cortés o Pizarro. Pero la obra de Vesalio también es importante porque constituye un llamado a la experimentación, a la práctica. Vesalio dedica la

obra al hombre más poderoso del mundo, Carlos V, y en el prefacio le explica al emperador cuán fundamental es que los médicos aprendan a usar las manos. En las primeras autopsias de los siglos XIV y XV, se acostumbraba que el médico dirigiera la operación desde la cátedra, mientras un barbero, o cirujano, cortaba, abría y extraía los órganos para exhibir a los estudiantes y espectadores. Las tareas manuales no eran consideradas dignas de un catedrático. Vesalio se rebela con furia ante este esnobismo profesional y declara que la única manera de conocer el cuerpo es viéndolo de cerca y tocándolo. El médico debe meter las manos en la cavidad del cuerpo, ensuciarse, aprender a cortar, a separar y a maniobrar la complejísima urdimbre de piel, carne, nervios, tendones y huesos que hace al ser humano. Esta reivindicación de la práctica por sobre la teoría es una de las novedades más estimulantes de la Modernidad temprana. La ciencia moderna, basada en la observación directa y el experimento, es, en muchos sentidos, un producto de esta convocatoria de Vesalio en la década de 1540. Algo similar sucede en el mundo de las artes plásticas, donde la actividad de pintar y esculpir, hasta entonces consideradas manualidades plebeyas (aunque no el producto, que sí podía constituir un objeto sacro), adquieren un estatus de prestigio inusitado, lo cual explica la explosión de fama y popularidad de que gozan los artistas en la Italia de los siglos XV y XVI.

Entre los que oyeron el clamor de Vesalio, se destacó un joven médico inglés llamado William Harvey. Formado en Canterbury y en Cambridge, Harvey cruzó el canal de la Mancha en 1599 y se instaló en Padua, en las paredes de cuyos claustros aún resonaban los ecos del gran anatomista flamenco. Allí Harvey estudió con el más ilustre profesor de la época, Fabrizio D'Acquapendente, padre de la embriología. Luego de casi tres décadas de investigación, Harvey publicó uno de los estudios más fundamentales de la medicina moderna, *Estudio anatómico del movimiento del corazón y de la sangre en los animales* (*De motu cordis*, 1628), que explica el funcionamiento del sistema circulatorio, cuyo centro —el corazón— actúa como bomba propulsora de sangre a través de venas y arterias. Años más tarde, Thomas